

LA DEBACLE DE LA REINA ETERNA

Por Andrés Rosselló Oliver

Tú, mortal o eterno, curioso o sabio, que acudes a leer en el lapislázuli: sabe que los Poderes quisieron que todo sucediera tal y como sucedió, y nadie jamás podrá contradecir sus designios, por muy aciagos que puedan parecer, pues ellos conocen la voluntad de Eru Ilúvatar y obran para que esta se cumpla.

Conviene la *Balada de las dunas*, que dejó de cantarse más allá de la Tierra Media hace muchos años y que solo conservamos fragmentariamente, que la historia comenzó en el momento en que el Señor Único llegó del norte montado en una nube tan oscura como las entrañas de las bestias del desierto. Cuando tal venida se produjo, se cuenta que aún quedaban pantanos al este del mar, y que las huellas de los ancestros todavía podían verse serpenteando entre los manantiales y dirigiéndose, unas con un rumbo claro y otras dubitativas y temerosas, hacia la sepultura del sol.

Esta es la historia de la Reina Eterna. Ahora, en los últimos días de mi vida, grabo en el lapislázuli cuanto recuerdo y cuanto ella misma me relató hace ya muchos años, entremezclado con todo aquello que se contó después por el desierto y más allá de él, en la Tierra Media, donde el culpable de la tragedia aún vive y vivirá hasta que la gran roca se quiebre y sangre fuego hasta las faldas de una torre derrumbada.

SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA

PRIMERA PARTE
LOS DÍAS ANTIGUOS

PRIMERO

-UNA EMBAJADA SOMBRÍA-

Descendió hermoso de una nube, negra como el destino del que era portador. Los Elfos lo recibieron como a un emisario de alguna nación en guerra, aunque no conocían qué era la guerra ni qué nación existía más allá de su campamento itinerante, que, visto desde el cielo, desde donde aquel embajador había llegado, semejava un mosaico de teselas dispuestas al azar por los habitantes de la tierra.

-Hijos de Ilúvatar, los Primeros -exclamó aquel hombre de gran belleza. -Largo tiempo lleváis vagando en mitad de la nada, sin otro propósito que ver pasar los días y aborrecer cuanto conocéis y ansiar lo queda oculto a vuestro conocimiento. -Los Elfos murmuraron entre sí, pues no había mentira en sus palabras. Él continuó hablando de esta manera: -Sabed que me envía quien os ofrece nuevos mundos que explorar, nuevas aventuras con las que inflamar vuestros pechos, nuevas lecciones para aprender.

Los más ancianos de los Eternos dudaban de sus palabras y recelaban de una visita que no les había sido anunciada por la sagrada Elbereth en las estrellas. Nurwë, el primer y único rey de aquellas gentes, dio un paso al frente y habló:

-Embajador sin nombre de un señor innombrable, yo sí te diré quién soy. Soy Nurwë, a quien desde hoy conocerán como “El Prudente” por cuanto a continuación escucharás. -El emisario de bello semblante le sostuvo la mirada y sonrió, desafiante. -Es cierto, y esto lo sabemos todos, que el mundo esconde muchos conocimientos, y que nuestro cometido es alzar el velo de misterios que lo cubre. Sin embargo, aquí tenemos cuanto necesitamos: al oeste, las llanuras interminables y sus secretos, hacia donde viajan nuestros cartógrafos; al este, el saber de la forja y del carbón de los Enanos nos espera para cuando alguno de nuestro pueblo sienta el ansia de labrar la belleza en el metal; al sur, el agua de un mar desconocido y el Cuiviémen que jamás volverá a aparecerse ante nuestros ojos.

El emisario se irguió en toda su estatura, y su majestad competía con la de los mismísimos señores de los Elfos de antaño. Con voz profunda, empezó:

-Nurwë el Temeroso, pues rindes el saber a unos obstáculos erróneamente insalvables. Olvidas que al norte...

Pero Nurwë, que no temía su poder, se impuso, y el embajador sintió rabia:

-Todos los que nacimos el primer día y conocimos la oscuridad y la luz y vimos partir a nuestros hermanos sabemos que al norte la tierra zozobra y se abre en profundos abismos, y que las llamas calcinan los bosques, y que las huestes se dan muerte en fieros combates.

A todo esto, el emisario guardaba silencio, esperando el momento preciso para obrar el hechizo de sus palabras. Cuando Nurwë hubo terminado, pronunció un discurso cargado de malicia, y los Elfos lo oyeron encarecer las maravillas vivas e inertes de Beleriand y la majestuosidad de su señor, capaz de colmar de dones y de lecciones a aquellos que le juraran fidelidad.

-Seréis así los más sabios de entre todos los Elfos, y los Noldor y los Sindar del norte, que se vanaglorian de haber tenido el coraje de ver la luz de los Valar, os envidiarán y os reconocerán como superiores a todos los Eldar.

-Los Noldor y los Sindar que sobrevivan a la espada y a la lanza.

-Los más débiles caen en la guerra, Nurwë. Creía que eso, al menos, lo sabías.

-Y también los grandes señores del linaje de Finwë, mi hermano. -Muchos de los allí presentes se emocionaron al recordar. -A nuestros oídos ha llegado que su estirpe agoniza en el norte; aquel mismo norte al que pretendes arrastrarnos, y también hemos escuchado un nombre que todos maldicen: *Morgoth*. -La reacción del hermoso emisario al oír aquel nombre le dio el coraje necesario para continuar hablando, más para su pueblo que para él. -Es Morgoth tu señor, ¿verdad? ¿Él es ante el que agachas la cabeza?

-Mi señor os está ofreciendo la vida.

-Si la vida hubiera sido morir, Eru nos hubiera hecho mortales.

Los ojos del embajador se tornaron de un dorado ardiente, y Nurwë intentó penetrar en ellos para descubrir sus verdaderas intenciones, pero fue incapaz de ver nada más que rabia y desolación, y tuvo miedo por primera vez en su larga vida. La llama que había en su interior se convirtió en un holocausto cuando se llevó la mano a la espada para empuñarla contra el Príncipe. Todo su pueblo se estremeció, pues nunca antes habían oído el sonido del acero deslizándose fuera de la vaina. El propio Nurwë alzó tembloroso los brazos para protegerse del inminente impacto, pero antes de que la espada quedara completamente al descubierto, aquellos ojos dorados se detuvieron en la contemplación de una joven dama a la que llamaban Merneith. Había algo en ella que le despertaba sentimientos que creía que había enterrado para siempre en lo más profundo de sí mismo.

Su belleza, que no se encontraba en su melena roja, ni en su piel nívea, ni en sus ojos azules, sino en toda ella, le recordaba a los días en los que había morado en Aman bajo la obediencia de Aulë, el único que podría haber labrado una estatua de tal hermosura a partir de la veta de plata

más pura. Contemplándola, el embajador templó su ira y volvió a envainar la espada. Nurwë bajó los brazos y recuperó la compostura digna de un príncipe elfo, pero estuvo más preocupado todavía al comprobar el intercambio de miradas entre Merneith y el hombre que había tratado de conducirlos a todos a la guerra en el norte.

Merneith también lo miraba, pero no había en ella ni rastro del deseo que veía Nurwë en él. La conocía demasiado bien, y sabía que era reservada como un manantial, pero también fuerte como las rocas de las que nacía. A pesar de ello, temía la conversación que, sin pronunciar palabra alguna, pudieran estar intercambiando en aquel momento. «Casi puedo oír los murmullos floreciendo entre ellos», pensaba. «El mal del que es portador extiende sus raíces en el aire. Merneith debe ser capaz de cortarlas, o todo habrá sido en vano».

«¿Eres tú?»

«Nadie que no sea de mi pueblo me conoce».

«Eres tú, seguro. Ha pasado tanto tiempo, y estamos tan lejos de donde la última vez...».

«No puedo conocer a alguien que osa amenazar a Nurwë, a mi rey, ni siquiera aunque nos hubiéramos presentado en los remotos días en que solo había estrellas en el firmamento».

«Un suspiro ha transcurrido desde entonces. Yo te hablo de un tiempo más remoto, antes de que existiera el propio tiempo...».

«Mantente lejos, engañador, que mis oídos solo escuchan la verdad».

Cuando hubo comprobado que el peligro había desaparecido, Nurwë volvió a hablar, y lo hizo con firmeza:

-Ningún Elfo de mi pueblo te seguirá a la tumba que tu señor Morgoth nos tiene preparada en el norte. Así ha hablado Nurwë el Prudente.

El emisario de la nube no montó en cólera, como todos pensaban que haría. Más bien al contrario: alzó una ceja y dibujó una media sonrisa en su hermoso semblante, y dijo:

-Por tres veces volveremos a vernos, Merneith -Luego alzó más la voz, y no hubo rincón en todo el campamento en que no se escucharan sus palabras- Cada vez que vuelva aquí repartiré un don y una desgracia, tan generoso el uno como devastadora la otra. -Dio de nuevo forma a la negra nube con que había venido, preñada de relámpagos y de truenos, y dijo, sin saberse si se dirigía a Nurwë, a Merneith o a todos los Elfos: -Bien veo que sacaré más provecho de lo que me pensaba por detenerme aquí.

SEGUNDO

-EL PRELUDIO DE LA LLAMARADA-

De regreso a Angband, y postrado ante el Señor Oscuro, le informó de la obstinación de los Elfos a unirse a sus huestes, así como del poder de Nurwë, que se había revelado una de las mayores autoridades de entre los Avari. Morgoth escuchó cuanto tenía que contarle su lugarteniente en silencio, empuñando a Grond con una mano. Sentía tan real la amenaza de los Valar y de sus siervos elfos que no se desprendía nunca de su maza, ni siquiera en los breves instantes en los que se rendía al sueño. Cuando Sauron hubo terminado, Morgoth habló como en un susurro, que se hundía hasta los túneles más profundos de la fortaleza.

-Aunque te obstines, no podrás jamás ocultarme parte alguna de tus pensamientos, aun aquella que te dio Aulë cuando enarbolabas su estandarte.

-¿Qué queréis decir, mi señor?

Y una sombra de terror recorrió todo el ser de Sauron, que tembló ante la amenaza de la negra montaña que era Morgoth.

-Solo tú y yo sabemos a lo que me refiero. El amor es una debilidad.

Sauron quiso hablar para negar aquel sentimiento, pero el Vala continuó, meditabundo, hablando más para sí mismo que para su caudillo:

-El amor derribará imperios sobre esta tierra, y aun Valinor algún día sucumbirá por culpa del amor. El odio erige los dominios, y yo bebo de este odio como la mala hierba extiende sus raíces sobre el cuerpo descompuesto. -Miró entonces a Sauron, y no llegó a saber si una lágrima, ardiente y oscura como una brasa, caía de sus ojos mientras decía: -Para ser general de mis tropas, Sauron, necesito que te desprendas de lo que te quede de amor y regreses a mí derramando únicamente odio.

-Así será, mi señor.

Ascendiendo a la cima nevada de Thangorodrim, con la nieve azotándole el rostro y miles de relucientes lanzas de los Noldor a sus pies, Sauron gritó y se asustaron las montañas, y con su magia se extirpó el amor, aquella debilidad de la que le había hablado Morgoth, y la ensartó con una lanza sobre la nieve, y allí quedó hasta que el océano engulló el mundo.

-La hora se acerca -le anunció su amo. -La llama está prendida, y Angband dispensará océanos de fuego en derredor, fundiendo las armaduras sobre la misma piel de sus portadores.

En las entrañas de la montaña, el rugido del gran gusano de fuego y padre de los dragones se percibía como un eco encadenado.

-Pronto romperé el sitio, y tu odio derribará a mis enemigos.

Sauron se arrodilló ante Morgoth y se plegó a su deseo, pues era fiel al mismísimo engaño. Lo contemplaba en la distancia, sempiternamente agarrado a su negro trono, y lo sentía a cada instante la mitad de poderoso: así iban creciendo en poder los dragones y los lobos en las diferentes galerías de Angband. La corona, que durante mucho tiempo luciera como señor del mundo, parecía pesarle como si soportara sobre su cabeza todo el peso de la montaña, y, ciertamente, en ella refulgían los tres Silmarils como tres estrellas.

Aquel cuerpo de sombras y hierro se consumía para que los dragones pudieran consumir todo cuanto se pusiera ante ellos. Y no tardarían mucho en abrirse de par en par las pesadas puertas de Angband.

TERCERO

-LA PRIMERA MUERTE QUE VIERON SUS OJOS-

El hedor a la carne abrasada inundaba el aire de todo Beleriand. Algunos de los más hermosos señores de los Eldar y la juventud de los Noldor perecieron calcinados, y toda suerte de criaturas oscuras, vomitadas por la fortaleza, despedazaron sus cuerpos y los redujeron a cenizas. Sauron cumplió con su cometido y, enseñoreado en la lúgubre isla de los licántropos, guardaba los pasos del Sirion cuando el amor y un perro se interpusieron en su camino. Malherido por sus colmillos, Sauron se refugió en la desolada Taur-nu-Fuin, de bosques sombríos y monstruos más viles que él. Sanó de sus heridas y su odio condujo una y otra vez sus pensamientos hacia Merneith, que no se plegó a su voluntad. Presenciar a Lúthien, la única que podría haber competido con ella en belleza, le había despertado las ansias de poseerla, y ello pasaba por acabar con la vida de aquel que se hacía llamar El Prudente.

«Creí que me había arrancado la debilidad sobre Thangorodrim», caviló, sin llegar a comprender cómo el amor había logrado abrirse de nuevo paso en su pecho. «Mi señor no puede llegar a saberlo». Morgoth se encontraba extasiado: uno a uno, todos los príncipes Elfos y todos los caudillos de los Hombres iban sucumbiendo ante su embestida, y el robo de uno de los Silmarils por parte de la pareja de enamorados no había menguado su poder. Antes al contrario, parecía haberlo acrecentado.

Así pues, Sauron hizo uso de sus embrujos para nublar el control que Morgoth ejercía sobre él.

-Si mi señor me hiciera llamar, entretened a los emisarios, o matadlos, a no ser que envíe al mismísimo Glaurung eructando llamas sobre las montañas -ordenó a sus lugartenientes. - Regresaré cuando crea que debo regresar, no antes - No sentía compasión alguna por aquellos seres grotescos y concebidos por Morgoth para la muerte. «¿Qué son un puñado de Orcos comparado con todo cuanto puedo ganar más allá?», pensó.

Desplegó a su alrededor un conjuro que le empalideció la piel, inyectó en sangre sus ojos grises e hizo nacer de sus brazos dos fuertes alas con membranas negras. Transformado en murciélago-vampiro, sacudió las extremidades y se adueñó de las alturas, dejando muy abajo las copas de los pinos y las fortalezas conquistadas. Sobrevoló reinos desolados por las llamas de los Balrogs, así como también algunos de los últimos baluartes del Bien que quedaban en pie.

«Podrían estar en cualquier rincón del mundo», se dijo. «La tierra es mucho más grande de lo que los seguidores de los Valar creen».

A sus pies se extendía ahora un océano de aguas escarlata, nunca surcado por ninguna nao. En él habitaban algunos de los monstruos más fascinantes de Arda, antagonistas de los héroes marinos de las canciones. No obstante, dejemos sus historias para otra ocasión.

Deteniéndose en una roca que se alzaba solitaria e indomable en mitad de las olas, Sauron recuperó su hermosa apariencia élfica y pronunció un nuevo embrujo para lograr dar con el paradero de Merneith. El agua roja rompió contra el promontorio y empapó sus cabellos, pero continuó elevándose en el aire hasta convertirse en una bandada de murciélagos de sangre que trazaban, con su volar nervioso y chirriante, el rumbo que debía seguir. Varios días mantuvo el vuelo, obviando el agotamiento que hasta los Maiar como él sufrían cuando eran llevados al límite de sus fuerzas. No dormía y se alimentaba de vez en cuando de uno o dos murciélagos, de aquellos que volaban más rezagados.

«Ha transcurrido demasiado tiempo», se lamentaba, y lamentaba también haber permitido a aquel tal Nurwë oponérsele. «Si ella se negó a acompañarme, haré que sea ella quien me lo suplique, y terminará haciéndolo de rodillas y con lágrimas en los ojos». El odio que Morgoth había sembrado en su alma lo estaba consumiendo, y sufría tanto más cuanto más deseaba hacer sufrir a Merneith. «Ya no sé si la amo o la odio, pero sí estoy convencido de que la necesito cerca». En ocasiones se inflamaba en rabia pensando en que alguien sobre el que recaía el futuro del mundo tuviera que sentirse de aquel modo.

Finalmente, cuando creía que su mente lo terminaría destruyendo desde dentro, observó que se desplegaba en la lejanía una llanura de hierba verde y con unos pocos árboles, quizás almeces. Cortaba aquel llano un cuchillo de plata que serpenteaba cristalino desde la cordillera roja en la

que nacía. Atravesando el campo se encontraba, como una gran manada en migración, el pueblo de Nurwë.

«No hay duda: ella está allí».

La bandada de murciélagos que lo había guiado se arrojó cual cascada de sangre en las corrientes de aquel río, mientras que la magia de Sauron cubrieron el cielo de nubes para ocultarse entre ellas y evitar ser visto, como un barco que se oculta entre las rocas. Mientras batía sus alas, iba recitando conjuntos que nunca antes habían sido pronunciados, e incluso él temía sus consecuencias. No le cansaba mantenerse en el aire, pues el odio le daba fuerzas para aguardar su momento. «Ahora no. Cuando haya amanecido y las estrellas no estén en el cielo observándolo». Temía el castigo de Varda más que el de cualquier otro Vala.

Los Elfos establecieron su campamento a ambos lados del río, y Nurwë y la hermosa Merneith charlaban junto a sus aguas. Él, con la ayuda del sabio Carthedal, la había instruido para llegar a ser una reina, pero no la deseaba como esposa: sabía que formaban parte de dos mundos diferentes. Ella, sin embargo, había ido enamorándose de cada una de las lecciones que Nurwë le impartía, y llegó a desear saber más para ser más digna de su compañía. Con el paso de los años, no había en aquel numeroso pueblo quien no la respetara y la tuviera como su soberana, legitimidad que reposaba sobre los mismos cimientos que el reconocimiento de Nurwë como rey: la confianza y el amor. En ellos, y no en el linaje, se fundamentaba el trono de los Elfos Renuentes, los que jamás vieron la luz de Valinor.

-El amor es el cimiento de nuestra estancia en el mundo -le contaba Nurwë. Merneith acostumbraba a callar y a escuchar sus palabras, a pesar de la insistencia del rey por mantener una conversación. -Somos eternos, a diferencia de los otros seres de la tierra, y solo amando cuanto nos rodea lo conocemos y damos sentido a la ausencia de tiempo a la que estamos destinados. -Se hizo un largo silencio, durante el cual Nurwë reunió fuerzas para dar voz a lo más profundo de sus entrañas. -No muy lejos de aquí, al oeste, está el mar. Ya he amado cuanto se me ha permitido amar, y he vivido largas edades. Estoy agotado de la eternidad en penumbra, y ansío ver y amar la luz que vieron los Eldar.

Amanecía, y Merneith se encontraba abrazando a Nurwë con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios. Él la miró fijamente, y rebosaban paz todas y cada una de sus palabras.

-No hay mal en ti, Merneith, niña, y nuestro pueblo tendrá a una reina que me superará con creces en todo. -Ni en aquel instante, ella osó hablar.

En aquel entonces, el sol se reflejó en los verdes ojos de Nurwë, pero en las nubes que flotaban suspendidas sobre el campamento, Sauron estaba preparado: se precipitó sobre el rey Elfo, convertido en una imparable llamarada roja y blandiendo su negra maza. Al golpear a

Nurwë, toda la tierra quedó calcinada: la hierba se marchitó y la tierra se volvió yerma hasta donde alcanzaba la vista. Fue un asesinato silencioso, pero de una luminosidad cegadora. Merneith contempló, a escasos palmos de ella, el rostro de Sauron, de una hermosura hipnótica, a través del fuego, y a Nurwë cayendo al río. Desde las llamas, Sauron le sonrió y se quedó prendado de toda ella.

-Ahora ya nada te lo impide -dijo, tendiéndole la mano.

Merneith lo miró fijamente a los ojos y, firmemente, le respondió:

-Jamás.

Desde el cielo cayó en aquel instante una monumental lanza blanca, cuya punta desgarró el hombro de Sauron, al que cubría solo una túnica de llamas con un broche de plata, y derramó sobre la arena una sangre negra y abrasante que, al contacto con el aire, se convirtió en obsidiana. Según se cuenta, la arrojó el propio Tulkas desde Valmar, y hubiera impactado en su cráneo si hubiera tenido a su lado la vista de Varda a través de las estrellas del cielo. Herido y chillando de dolor, Sauron adoptó de nuevo la apariencia del murciélago-vampiro y, trabajosamente, se marchó volando hacia el norte, sobrevolando a los sorprendidos Elfos del campamento. De haber tenido los arcos y la puntería de sus parientes de Beleriand, no les habría resultado difícil derribarlo y haber ahorrado al mundo milenios de padecimiento y muerte. No obstante, aquellas gentes nunca habían empuñado un arma, y Nurwë se había encargado de que no arraigara en ninguno de ellos el deseo de utilizarlas contra nadie.

Merneith se arrojó al río, sin importarle que las sombras se disolvieran sobre el campamento, ni que Sauron siguiera profiriendo gritos y maldiciones hasta su mismísimo castillo en Taur-nu-Fuin; en cuanto pensó en Morgoth y en la ira con que respondería a su desobediencia, sus gritos y maldiciones fueron mayores, hasta el punto de que muchos pueblos creyeron que era una tormenta itinerante de truenos y avalanchas.

«No hay mal en ti», recordó Merneith mientras se sumergía en aquellas aguas turbias y extrañamente frías. La corriente la arrastraba, a pesar de sus esfuerzos por oponerse a ella. «No hay mal en ti». No sentía lástima por la muerte de Nurwë, sino solo ira. Una ira que iba creciendo en su interior y que se acrecentaba con cada segundo que pasaba explorando el lecho del río. Temía que las aguas se hubieran llevado el cuerpo del rey Elfo hasta aquel mar del que antes le había hablado. «No hay mal en ti», y pensarlo mitigaba lentamente su rabia hacia Sauron, hacia Nurwë por haberle ocultado que existía la maldad en el mundo, hacia aquellas corrientes indomables. No podía mantener los ojos abiertos, y alrededor de sus piernas iban entrelazándose algas que pretendían arrastrarla hasta el fondo. Solo veía burbujas alrededor, primero blancas, luego negras. El aire se le estaba agotando en los pulmones, y ni podía

encontrar a Nurwë ni podía zafarse de aquellas malditas plantas. Se las arrancaba con las manos, pero inmediatamente aparecían de nuevo. Cuando ya lo daba todo por perdido y abandonó su lucha contra las algas, la corriente y la falta de aire en los pulmones, las enredaderas se pudrieron, las aguas se calmaron y se encontró emergiendo bajo la luz de un sol poderoso en su cenit. Se sorprendió al ver antes que nada un altísimo muro de barro cocido rodeando el campamento de su pueblo, el reino de Nurwë.

De entre todos los Elfos, solo Carthedal se atrevió a hablarle, pues los demás no eran todavía capaces de hacerlo: tal era la pena y la perplejidad que sentían. Los Renuentes, contrariamente a lo que creen saber los sabios de la Tierra Media, no siempre fueron solitarios, de lealtades difusas y egoístas. Hubo un tiempo en el que tuvieron un rey y una reina, y los amaron por encima de sus propias vidas. Muerto el rey por la llama, creían haber perdido a su reina en el agua.

-Se ha alzado de la tierra, mi señora -le explicó Carthedal. -Solo puede ser obra de los Valar. Quieren que erijamos aquí nuestra ciudad, y que vivamos bajo su protección.

Merneith echó un vistazo hacia el oeste, hacia donde debía encontrarse el mar. «El mar... Debemos llegar al mar.» Los demás Elfos se encontraban alrededor del cuerpo de Nurwë, que había caído al río y había vuelto a tierra sobre dos grandes esturiones enviados por Ulmo. «Me devolvéis su cuerpo, pero a él no», se decía para sus adentros. La lanza blanca parecía haberse ido expandiendo, abriéndose su base hasta ser cuatro pilares bajo los que reposaba Nurwë. Merneith se arrodilló junto a él en mitad del silencio de miles de almas. Quiso secar el cuerpo del rey con sus propios cabellos, pero ya estaba seco.

Aquel pueblo nunca hasta aquel momento había conocido la muerte, y fueron muchos los que contemplaban el cuerpo de Nurwë creyendo que dormía y que despertaría pronto.

-No os engañéis, hermanos. -Carthedal había estado siglos estudiando minuciosamente la naturaleza, y comunicando las conclusiones a las que llegaba exclusivamente a Nurwë. -No somos eternos si se nos arrebatara la vida. Esto es la muerte, y también nosotros podemos llegar a conocerla.

Merneith tampoco había visto antes la muerte, pero había sentido su esencia muy cerca y desde hacía mucho tiempo, mucho más del que era capaz de recordar. Por este motivo, ella era la única que podía llorar: porque comprendía cuál era la realidad de aquel momento. No obstante, en cada una de sus lágrimas había tanto amor como ira. Ambos se templaron cuando una diminuta luz blanca, tan resplandeciente como el sol, apareció junto a la orilla del río. La luz se aproximó a Merneith y sintió su tibieza en la mejilla, como una maternal caricia, y luego atravesó a Nurwë, se estuvo en su interior el tiempo que se tarda en pestañear y apareció luego al

otro lado y en compañía de otra esfera de luz, junto a la que ascendió en espiral hasta la cima de la blanca lanza de Tulkas. En ese momento, los Elfos se percataron de que, en el extremo más próximo al cielo, había una gran gema verde, una esmeralda del tamaño de un caballo. Ambas luces se adentraron en ella, pero solo una salió. La otra se quedó en el interior de la piedra y proyectó un haz de luz verdinoso como un puente que se tendía hacia el oeste. «El mar, allí queda el mar».

La luz que seguía libre en el aire revoloteó de nuevo hacia Merneith y volvió a acariciarle la mejilla y la frente, y sintió dos labios posándose sobre sus cejas. Tras ello, siguió su camino, en la misma dirección hacia la que señalaba el que desde aquel entonces recibiría el nombre de Pináculo de la Bienaventuranza. La Reina Eterna se puso de pie y alargó una mano para posarla sobre el pecho de Nurwë, mientras extendía el otro brazo hacia el oeste. Con una seguridad que nunca antes había sentido, dirigió sus primeras palabras a su pueblo, todavía conmocionado por el reciente descubrimiento de la muerte en el cuerpo de su soberano:

-Allí queda el mar y, más allá, la tierra de los Valar, a la que nos negamos a ir en su momento y que, esperemos, tenga las puertas abiertas para nosotros en los días venideros. - Señaló en la dirección opuesta. -Allá, los campos que no volveremos a pisar, y al norte, el mal del que debemos guardarnos. Al sur se extiende lo desconocido, y los más valientes de nosotros lo explorarán y amarán. Nosotros estableceremos nuestro hogar aquí, en la Encrucijada.

SEGUNDA PARTE
LA SEGUNDA EDAD DEL SOL

SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA

CUARTO

-DE LA ENCRUCIJADA-

Las casas que edificaron los Elfos en la Encrucijada no parecían construidas por otros de su raza, pues su arquitectura carecía de la delicadeza y de las formas ligeras y estilizadas de sus parientes de Beleriand. Levantadas con ladrillos de adobe y con diminutas ventanas para evitar la entrada del sofocante aire del desierto, las construcciones se podrían haber atribuido a Enanos de las arenas; a algún linaje perdido de Naugrim, exiliado a aquel remoto y desolado rincón del mundo. El Pináculo de la Bienaventuranza era el único edificio que delataba sin lugar a dudas la presencia élfica en el lugar: una torre, tan alta y afilada que asomaba amenazante por encima del cerco de la ciudad como una estilizada punta de flecha blanca. Se cuenta en la *Balada de las dunas* que el Vala Aulë lo había levantado con sus propias manos, reluciente bajo el sol como la nieve sobre las montañas, y coronada por una gran gema que serviría, según decían, de faro para guiar las huestes de Manwë en la Última Batalla. El lector conocerá, por lo relatado anteriormente, otra historia sobre su origen.

Los Elfos de la Encrucijada conocían el camino hacia el mar, al oeste, que a duras penas podía divisarse desde las almas del cerco como una fina línea algo más oscura que el cielo. Hacia allí partían alguna que otra vez los jóvenes de ánimo inquieto, y se quedaban largas horas imaginando qué habría al otro lado. También conocían, al norte, la ruta hacia los asentamientos Enanos de los rudos y belicosos Pies de Piedra.

En el centro de la ciudad, a la sombra del Pináculo, se levantaba una especie de ermita rodeada de flores y, en su interior, se encontraba la tumba de Nurwë, quien fuera en otros tiempos el príncipe de aquellas gentes, no por deseo de los Valar ni por herencia, como siempre sucedió entre los grandes señores de los Noldor, sino por aclamación de su pueblo. En su tumba podrían haber escrito sus títulos reales, sus numerosos epítetos o las más dolidas y sentidas palabras que un pueblo dedicara jamás a su gobernante. No obstante, Merneith pidió a los artesanos que grabaran: «Nurwë. Fue un hombre bueno», y que Carthedal consagrara la roca en la que aquello fue escrito. Y todos aplaudieron la decisión. Como una hija lloró su muerte, y en el lugar donde yacía él creció una azucena, que florecía con la noche y se mustiaba al atardecer.

Atravesaba la Encrucijada un río a cuyas orillas la hierba crecía sana y fuerte, y en ella los Elfos cultivaban todo tipo de cereales y verduras. Era lo suficientemente caudaloso como para mover los molinos, pero ningún barco de guerra habría podido surcar sus corrientes río arriba desde la costa. La *Balada de las dunas* conserva un exquisito fragmento en el que se canta cómo Aulë, después de levantar el Pináculo de la Bienaventuranza, agarró con sus dos manos un río que corría a varias leguas de allí, lo domó y lo obligó a discurrir junto a la torre para que, con su reflejo, hubiera dos haces de luz verde, y que esta viajara, como si la espuma de sus corrientes fuera una urna de cristal en la que guardarla, hasta los dominios del siempre vigilante Ulmo.

Lo que nadie en la Encrucijada hubiera sospechado era que su ruina vendría del oeste, del mar precisamente, sobre hermosos barcos con estrellas bordadas en sus velas.

QUINTO

-LA MASACRE QUE NUNCA OCURRIÓ-

La voluntad de Tar-Ciryatan, rey de Númenor, era incontestable. Sus ojos, de un negro profundo como las simas del mundo, no admitían ningún reproche. Su ambición había ido creciendo con el paso de las décadas y, con ella, la de la mayor parte de su pueblo. Aquellos que antaño combatieran las olas para ser los más bravos y ganar fama y renombre entre los suyos tenían ahora en mente las tierras de allende el mar y sus riquezas, así como también el gobierno de sus gentes. La sombra que Tar-Ciryatan había sembrado en sus corazones era espesa y se expandía entre ellos como la carcoma en una carpintería.

Una mañana de otoño, una flota de Númenor, compuesta por un centenar de naves, se dispersó hacia las costas al Este del reino. Junto con los diestros marineros, en los barcos viajaban algunas de las mejores espadas de la corte, descendientes directos del linaje de Elros. En algunos de ellos ardía el deseo de conquistar reinos y coronarse como su señor.

El primero en pisar tierra y reclamarla en nombre de Tar-Ciryatan fue Arvendilas, capitán del velocísimo *Montemarino*. El barco, de exquisito velamen plateado, había arribado a la costa muy por delante de las otras naves que conformaban la flota: tal era el dominio de su capitán y la hechura de su estructura, que, en palabras de Margol, el segundo de Arvendilas y hacedor del *Montemarino*, «poco tenía que envidiar al legendario Vingilot». Solo por ello había sido la nave que había encabezado la flota, y su capitán la gobernaba siguiendo un destello jade que parecía haberlo llamado desde que zarpara de Rómenna.

-Desde hoy, esta playa, y las que hay tierra adentro, obedecen a los designios de Tar-Ciryatan -proclamó Arvendilas, haciendo ondear el estandarte estrellado de Númenor.

Ante ellos se extendía un llano desértico hasta donde llegaba la vista, que poco tenía que aportar, en apariencia, a la gloria del gran Tar-Ciryatan. Henchido de orgullo, Arvendilas ordenó a sus marineros que avisaran a la flota de que él ya había tomado posesión de la tierra, y que los demás capitanes debían buscarse otro reino que someter. El *Montemarino* echó anclas en aquellas aguas turquesas, mientras que los demás barcos, como una bandada de palomas blancas, continuaba un camino que aún no tenían definido.

-¿Qué puede haber aquí que nos interese? -inquirió Margol, echando un vistazo a la arena de la playa, que parecía la continuación del mar de dunas que se atisbaba en el horizonte. -Esto solo parece un desierto más. No hay tesoros para Tar-Ciryatar, ni gloria para nosotros.

Una parte de los hombres de Arvendilas, los más prudentes, compartían la opinión de Margol. El pelirrojo Baelger, Dromistil de la vista aguda y el siempre sensato Maldor, hermano de Margol, expusieron ante su capitán sus dudas, y él los escuchó atento. Proponían volver a embarcar y probar suerte más al sur, en las tierras que nunca habían sido holladas por un Númenóreano. Otros, en cambio, apoyaban la decisión de Arvendilas de construir una base en aquella playa, ya que cualquier lugar era propicio para obtener la gloria del caballero.

-La flota ya sabe que hemos ocupado esta playa -Torudias, diestro desde la cuna en el arte de la retórica, puso sus dotes oratorias al servicio de su capitán. La decisión brillaba en su semblante moreno, y sus largos dedos acompañaban a sus palabras como un mecanismo de engranajes perfecto. -En cuanto los otros barcos lleguen a las colonias de la Tierra Media, informarán a los emisarios del rey de que su pariente y sus soldados han tomado tierra. Entonces, ¿qué creéis que dirán cuando sepan que hemos zarpado porque en la playa no había un tesoro para Tar-Ciryatar? - Baelger trató de responderle, pero en cuanto abrió la boca, Torudias prosiguió: -El oro, las joyas y la gloria no están ya empaquetados, sino que se deben buscar, pues allí encuentran justificación los héroes.

Arvendilas se vio obligado a intervenir cuando, en mitad de la discusión entre sus guerreros e inflamado por la proclama de Torudias, Gurgon se llevó la mano a la espada y amenazó a Maldor, a lo que Margol respondió desenvainando su acero.

-Vi una luz, tierra adentro. Me llamaba. Quería que buscáramos su procedencia, porque allí estaría lo que andamos buscando.

Con escepticismo, los númenóreanos lo aceptaron. Al mes de haber tomado posesión de aquella playa, la torre del castillo ya se alzaba entre el horizonte azul y el horizonte blanco, guardián de los dos mundos: el de la vida y el de la muerte.

La *Balada de las dunas* relata un gran enfrentamiento que mantuvieron los Hombres con un grupo de Orcos que estaba asediando la Encrucijada. Cómo dieron los númenóreanos con la ciudad y las circunstancias de la batalla nos son completamente desconocidas. Solo se sabe que Arvendilas lideró a la caballería, que, aprovechando la cobertura de las dunas y el velo nocturno, cayó sobre el campamento que habían levantado los Orcos alrededor de la ciudad y no dejaron a ninguno con vida, y muchos héroes nacieron aquella noche.

Arvendilas se mantuvo al frente de sus hombres, delante de las puertas de la Encrucijada, contemplando a los Elfos que poblaban el alto redil.

-¿Cuánto tiempo más estaremos aquí? -preguntó Baelger.

-Perdemos el tiempo. Derribemos las puertas y tomemos la ciudad -prosiguió Torudias, con menos tacto que su compañero.

-¿Y cómo quieres hacerlo? -murmuró Arvendilas, que no deseaba que los Elfos lo escucharan. -No somos suficientes para un asedio, y sus flechas...

Torudias sonrió burlonamente, señaló hacia las almenas, después hacia los montones de Orcos que empezaban a humear y, finalmente, apuntó:

-Por algún motivo, los de allí arriba no dispararon una sola flecha contra los Orcos, que tenían las de ganar de no haber aparecido nosotros.

-Parece evidente: no serán un pueblo valiente.

-Con bloquear las puertas, el hambre acabará por abrírnoslas de par en par.

-No. -Arvendilas, llevado por la codicia y la prisa por poseer la gran gema verde del Pináculo, ordenó a sus soldados continuar vigilando las entradas y salidas de la ciudad. También envió barcas río arriba para atajar cualquier intento de evacuación o de suministro de los sitiados.

-Y patrullad las proximidades y descubrid quiénes podrían ayudarles.

-Sí, señor.

El asedio se prolongó más de un año. Cuando Arvendilas mandó a sus hombres escalar los muros, un viento huracanado soplaba tan fuerte que derribaba las escalas. Torudias se rompió una pierna al caer y no pudo volver a combatir. En otra ocasión organizó un desembarco por el río aprovechando la protección de la noche, pero sus aguas se convirtieron en el escenario de un duelo de olas que hicieron añicos las barcasas y dieron con más de un asaltante en lo más profundo de su lecho.

«Hay algún poder protegiendo esta ciudad de nosotros», concluyó Arvendilas. «No podremos tomar la ciudad solos».

Regresó decididamente al castillo y redactó cartas dirigidas a los señores númenóreanos de los otros puestos de avanzada.

«A todos los caudillos de la costa, y en especial al lugarteniente de la floreciente Umbar,

Hemos dado con un tesoro que honrará a Tar-Ciryatan más que todo el oro de las montañas y que las perlas del mar. Necesitamos vuestro apoyo para hacernos con él, pues hasta ahora han logrado repelernos con algún tipo de sortilegio.

Por Tar-Ciryatar, monarca de Númenor y los puertos del océano.»

Confiaba en que los súbditos del rey acudieran a su llamado porque, en efecto, había gran cantidad de aventureros ociosos en los puertos y colonias númenóreanas. La *Montemarino* zarpó una mañana con sus grandes velas blancas desplegadas y los remos levantando montañas de espuma del mismo color. Encomendó a Margol la entrega en mano de las misivas, mientras él y los pocos hombres que quedaron en la playa continuaron guardando todo acceso a la Encrucijada.

Apostados en el adarve, los centinelas los vigilaban. Sus armaduras casi cegaban a los hombres que las contemplaban desde abajo. Las miradas de aquellos Elfos eran más lacerantes que cualquier arma. Fuera como fuere, se habían acostumbrado al calor abrasador, y debían tener grandes reservas de alimentos, así como una eternidad para vigilarlos desde lejos y para esperar a que el tiempo los agotara o los consumiera. Arvendilas miraba cada día hacia el mar, esperando una ayuda que no llegaba.

-Volved a vuestros hogares con vuestras familias -ordenó la dama Merneith desde lo alto.
-No encontraréis aquí nada que valga vuestros esfuerzos.

Se asomaba cada día por las rojas almenas del redil y pronunciaba, solemne y como si se tratara de un ritual destinado a menguar los ánimos de sus enemigos, las mismas palabras. Y día tras día se iban sintiendo más sus efectos, hasta que el propio Arvendilas se planteó abandonar aquella costa y buscar otros pueblos más dóciles a los que someter. Cuando estuvo cerca de terminar el cuarto ciclo lunar desde que enviara a Margol con las cartas, una docena de navíos, con el galeón umbariano *Gloria Soberana* a la cabeza, arribó a las costas y desembarcó a cerca de un millar de hombres del rey.

Tras informarlos de la situación, Arvendilas sugirió a los otros señores construir un ariete para derribar las puertas. El lugarteniente del Umbar, de cabello rasurado y barriga prominente, bufó y ordenó construir una docena de torres de asedio, el mismo número de catapultas y balistas.

-No se trata solo de derribar sus puertas: hay que hacer que teman levantarlas de nuevo y cerrárnoslas ante nuestras narices.

Y Merneith vio el despliegue de guerreros que se extendía a los pies del redil y habló con claridad y firmeza:

-No dudo de la protección de los Valar, pero habéis traído demasiados hombres para consentir que mueran tratando de atacar la ciudad. La Encrucijada es vuestra, pero no oséis entrar arma alguna, o se derretirán en vuestras manos y os las dejarán inútiles de por vida.

El grueso umbariano se mofó de las amenazas, pero Arvendilas y sus hombres le explicaron los prodigios que habían visto sucederse en aquel lugar. Las puertas se abrieron y los Elfos ofrecieron a los hombres todo cuanto necesitaban. Los númenóreanos contemplaron el curso del río atravesando la ciudad, y, corriendo en paralelo, grandes extensiones de abundantes cultivos. No sentían el más mínimo aprecio hacia la gente de la Encrucijada, porque el tiempo de las alianzas entre Hombres y Elfos estaba todavía muy lejos.

Merneith recibió a los mortales acompañada de un puñado de músicos, malabaristas y saltimbanquis que danzaban sobre barriles de vino y escupían ascuas para encender las velas que coronaban los sombreros de los bufones. Todo aquel espectáculo... No parecía el mismo pueblo que había permanecido en completo recogimiento durante el largo asedio, silencioso como si de una ciudad de muertos se tratara. Aquella Elfa, en las distancias cortas, era de una belleza tal que ni tan solo el lugarteniente del Umbar, quien, según se decía, gozaba de un largo historial de amoríos en Númenor y en su ciudad, se atrevió siquiera a sostenerle la mirada.

Se montó una gran fiesta en la Encrucijada, pues jamás habían recibido invitados y había que celebrar la llegada pacífica de los Hombres hasta sus puertas. Al amanecer del día siguiente, Arvendilas solicitó permiso a Merneith para llevar a su patria la piedra jade que coronaba el Pináculo de la Bienaventuranza.

-¿Así que es eso lo que habéis venido a buscar? -Su voz no mostraba sorpresa, como si ya hubiera conocido los designios de aquellos hombres. -No la tomaréis para vosotros: antes se hundirá en lo más profundo del mar o se la tragarán las arenas del desierto, y antes todos vosotros seréis polvo en la otra punta del mundo.

La amenaza, en boca de cualquier otro, le habría hecho estallar en una sonora carcajada. Pero Merneith no hablaba como un hombre o una mujer, ni siquiera como la soberana de una gran nación: Arvendilas sabía que corría peligro si no se tomaba seriamente las palabras de quien, a todas luces, no pertenecía a aquel mundo.

Sexto

-UN AMOR COMO NO SE HABÍA VISTO-

Unos días más tarde, Arvendilas levó anclas junto con la mayor parte de los númenóreanos, decepcionado por no haber conseguido nada en aquella playa a la que le había llevado el *Montemarino*. En el tiempo que había transcurrido desde que pusiera un pie en sus arenas había envejecido mucho más que ninguno de los suyos, y supo que la muerte lo acogería en su seno si no regresaba a su casa. Muy pocos fueron los Hombres que se quedaron en la colonia costera, y lo hicieron a sabiendas de que probablemente no volverían a ver jamás las tierras de sus padres.

Varios años más tarde, aquellos mismos númenóreanos, con el cabello más blanco y más escaso, llevaron hasta las puertas a un chaval de poco más de quince años y que portaba un documento firmado por Arvendilas, que rezaba:

«A la Reina Eterna de la Encrucijada,

La situación en Númenor está empeorando. Tar-Atanamir, sucesor del rey que nos llenó el corazón de ansias de gloria y de riquezas, ha empezado a renegar de los Poderes y a insultar el nombre de los Valar, a los que vi defender vuestra ciudad con una magia que conviene tener siempre como aliada. Como espada del rey no puedo abandonar Númenor, pero temo que los Valar caigan sobre la Corona y todos sus súbditos. Os ruego que acojáis en el seno de vuestra casa a mi hijo, Ezarcas, para que velen por él y no sufra el destino que le espera a mi pueblo. Es un chico piadoso que os servirá en cualquier asunto que vuestro gobierno precise».

Merneith recibió a Ezarcas y le encomendó el cuidado de los huertos del jardín. Se mostró, en efecto, respetuoso con todos los Valar, a los que admiraba por encima de cualquier otra cosa, y con el paso de los años, la Reina Eterna y el jardinero fueron enamorándose. No era el mismo amor que había experimentado cuando charlaba con Nurwë, pero también era amor. La *Balada de las dunas* no cuenta mucho acerca de cómo Ezarcas y Merneith llegaron al matrimonio. Únicamente se recrea en una delicada escena en la que, tras sembrar todo el jardín de rosas y florecer estas, ambos se perdieron y se encontraron, abrazándose y besándose hasta el día siguiente, y repitiendo este ritual durante muchos años más.

SÉPTIMO

-SOLO UN SOPLIDO DE VIENTO-

Merneith no podía concebir que la vida transcurriera tan veloz sobre el cuerpo de Ezarcas. Visitó el estudio de Carthedal, una estancia umbría y extrañamente fresca para garantizar el mantenimiento de los libros que allí custodiaba. Los únicos dos focos de luz eran una vela sobre el escritorio y una abertura en la pared, no más ancha que un palmo y que se extendía verticalmente hasta rozar casi el techo. Merneith se dejó caer sobre una silla, mientras que el sabio de cabellos plateados y semblante jovial pero austero rebuscaba a tientas por sus estanterías.

-Ezarcas está... cambiando. -No hallaba la palabra precisa.

-Creo que los Hombres utilizan el término “envejeciendo”.

-¿Y qué significa?

-Según pude comprobar durante la estancia de los Hombres en la ciudad, su cuerpo y su mente se marchitan.

Merneith se puso en pie, enérgica, como si hubiera hallado la solución a su problema.

-¡Es un encantamiento! ¡Toda su raza está embrujada!

-No lo creo, mi señora -suspiró Carthedal. Llevaba en sus manos un papiro que desenrolló a la luz de la vela. -Eru, el único que conoce verdaderamente sus designios, dio a los Hombres una forma perecedera, transitoria. Nosotros veremos marchitarse las estrellas del cielo y precipitarse sobre la tierra al final del Otoño de Arda, pero los Hombres que hoy viven no verán retorcerse el tronco del olivo en su lento crecer.

Como si la hubieran herido en el vientre, Merneith se apoyó en la pared para no caer desmayada. Con un hilo de voz, preguntó al sabio:

-¿Y Ezarcas? ¿Él tampoco lo verá?

Carthedal negó lentamente con la cabeza.

-Es voluntad de Eru, y solo él conoce el porqué de sus decisiones.

-Unos la eternidad, y otros un suspiro, un soplido del viento...

Se hizo un instante de silencio, que pareció no tener fin. El sabio se irguió y se acercó a una mesa, en la que tenía un juego de copas y una jarra. Rellenó dos copas y le ofreció una a Merneith, mientras esbozaba en sus labios una sonrisa que se perdía en la penumbra de la sala.

Ella no la cogió. Mirando todavía a las baldosas del suelo, empezó a formularle una pregunta: «¿Y sabes cuánto tiempo...?». No obstante, a medida que iba pronunciando las palabras se daba cuenta de que no quería saberlo. Se encaminó hacia la puerta y se marchó escaleras abajo, dejando en el corazón de Carthedal un océano de preocupación.

De regreso a palacio, Merneith se detuvo a contemplar a Ezarcas, que se encontraba delante de un montón de papeles examinando cuanto estaba escrito en ellos. Eran informes sobre las cosechas, extremadamente escasas; súplicas de misericordia por parte de todos los famélicos y los desahuciados de los callejones de la Encrucijada; cartas de Pies de Piedra exigiendo el pago por los servicios que prestaban a la ciudad... pero ni una palabra escrita por Arvendilas.

Tras la conversación mantenida con Carthedal, Merneith empezó a sospechar que Arvendilas ya se habría consumido en el viento, y que ni sus manos ni su voz serían capaces de volver a comunicarse con los vivos. En cuanto se encontró junto a Ezarcas, este le pidió la mano para besársela, y le dijo:

-Mi estrella, amor mío. -Merneith observó un cierto temblor en sus dedos, y a lo largo de sus brazos discurrían venas azules que no había visto antes. Ezarcas, echando a un lado todos aquellos papeles, susurró: -Hoy estás tan hermosa como ayer, y tanto como el día que vendrá al salir de nuevo el sol.

Y en la noche rezaban al unísono a los Valar, y ella les imploraba su ayuda para evitarle la muerte. Mencionaba los nombres sagrados de Manwë, y de Varda, y de Aulë, y de Ulmo, y de Yavanna, y luego acudía en sus sueños a visitarla una luz muy blanca, encerrada en una gran cúpula de espuma y hablándole con palabras que ningún ser vivo recordaba. Merneith se levantaba entonces con el corazón en el puño y comenzaba a deambular por la ciudad intentando acordarse de aquellas palabras. Pero en la ciudad había muchas voces, aun ya avanzada la madrugada: unas lloraban, otras reían a carcajadas, otras conspiraban en voz baja... Por ello, se montó en su blanco caballo y recorría las dunas, pero ni en el silencio atroz de la arena dormida podía acordarse nítidamente de su sueño.

Regresaba entonces a la cama y besaba la frente de Ezarcas, con la dulzura de una hija ante su anciano padre. Ya formaban parte del pasado aquellos besos preñados de pasión y de deseo que se dieron años atrás, que, para Merneith, parecían unos pocos días.

Llevaba vividos doscientos catorce años cuando Ezarcas, al tratar de bajarse de su montura, cayó tendido ante la entrada de la Encrucijada y bajo la mirada impertérrita del sol a través de la esmeralda que coronaba el Pináculo de la Bienaventuranza. Descubrió en aquel momento que la mitad de su cuerpo había muerto, y sintió en sus entrañas que la otra mitad no tardaría mucho en seguir el mismo camino. Alzó la mirada y vio que, desde la plancha de cobre que revestía la

madera del portón, él mismo se estaba observando, anciano y decrepito, a través de unos ojos que siempre permanecerían jóvenes. Y maldijo a la edad y al tiempo, y a la perdición de los Hombres. Merneith se le unió en sus maldiciones.

-El día que no te reconozca... -Sollozaba Ezarcas desde la cama. Ya no había mesa ni papeles, porque, a juicio de Carthedal, se le estaba deteriorando la vista. -El día que ya no puedan verte mis ojos... -Conducía sus temblorosas manos hasta el perfil de la nariz de Merneith, y hasta la comisura de los labios de Merneith, y hasta la última pestaña que guardaba los ojos de Merneith, cuyo color ya no era capaz de distinguir.

-Serán del color que tú quieras que sean -le respondía ella cada día, porque cada día le atormentaban al pobre viejo los mismos pensamientos.

Y, sin previo aviso, un día Ezarcas dejó de llorar y comenzó a reír, reviviendo sus días en Númenor y en la ciudadela blanca de Armenelos, y a hablar de un tal Waliza, y de alguien llamado Torgas, y de quien habría sido un hermano suyo. Entonces, las risas se volvían llanto, y un susurro roto y casi imperceptible se escapaba de su boca con nombres de personas que Merneith no podía adivinar si ya habían muerto o si, por el contrario, jamás habían existido.

Merneith se esforzaba por contener sus lágrimas delante del anciano de piernas inútiles y mirada perdida, pero luego acudía junto a la tumba de Nurwë o subía hasta la cima del Pináculo y allí daba rienda suelta a su lloro, silencio y trágico como un bosque sumergido en las nieblas del diciembre. Cuando el alma le pedía cantar su pena, regresaba entre las dunas y vagaba como una sombra por el desierto, y los Pies de Piedra que escuchaban desde sus cavernas su negro lamento la llamaron en su lengua La Quebrantadora de Rocas, pues las entrañas de las montañas que habitaban se rompían al escucharla.

Nadie osaba detenerla ni interrumpirla. Los guardianes de la Encrucijada la veían partir a la luz de las estrellas, y todos cuantos oían su canto se enternecían y amaban a Ezarcas como se ama al abuelo en sus últimos días de vida. Toda la ciudad, desde el cortesano hasta el hambriento, veneró a su rey, de modo muy similar a como habían venerado a Nurwë, y sintió pesadumbre conociendo la proximidad de su desenlace.

Carthedal visitó a Ezarcas en su lecho una mañana. El aire corría fresco y el cielo era de un azul brillante e intenso.

-Ya no puede vivir por sí mismo. Puedo mantenerlo dormido unos días, pero no puedo enfrentarme a la voluntad de Eru. -Avanzó unos pasos, arrastrando por el suelo su impecable túnica celeste, y posó los dedos índice y corazón de su mano derecha sobre el cuello del anciano, que con cada exhalación emitía un carraspeo estremecedor. -Según parece, su corazón está

combatiendo por continuar con vida, pero es una batalla que los Hombres están destinados a perder.

Merneith besó la frente de Ezarcas y pidió a Carthedal que la dejara a solas con su esposo. Una vez aquel hubo cerrado la puerta a sus espaldas, y después de que en toda la cámara no hubiera más sonido que el del lento discurrir del agua en el río que corría a los pies de la ventana, le tomó de las manos y lo observó largo y tendido, entrecerrando de vez en cuando los ojos, como si quisiera ver más allá de aquel anciano cuerpo. Se acercó a su oído y le susurró:

-Mi amor, refúgiate en los bastiones de tu pecho; recluta hombres, mujeres y niños en cada uno de tus dedos; mira las piras que tengo para ti encendidas en los ojos, que anuncian la inminente llegada de la caballería.

Volvió a llevar los labios hasta su frente, y cuando se levantó tuvo la certeza de que solo había un ser en todo el mundo capaz de ayudarla. «Los sabios no me han dado la respuesta que buscaba, y los Valar han permanecido callados mientras Ilúvatar ha ejecutado su maldad sobre los más jóvenes de sus Hijos. Tan solo uno tiene su poder y me hablará, y debo ir en su búsqueda. Debo dar con Sauron, antes de que Ezarcas rinda su última fortaleza».

OCTAVO

-LA SÚPLICA-

Dar con Sauron fue mucho más sencillo de lo que creía, como si le hubiera estado leyendo el pensamiento. Mientras cabalgaba por el desierto, vio emerger una sombra más oscura que la mismísima noche de detrás de una duna. La Encrucijada quedaba lo suficientemente lejos como para saber que nadie sabría de aquella reunión, y, al mismo tiempo, que ninguno de sus centinelas acudiría a rescatarla en caso de que la conversación se torciera. Por lo que le permitían distinguir las tinieblas, el ser que salió a su encuentro vestía de forma harapienta, tenía las orejas carcomidas por alguna enfermedad y la nariz bulbosa. Arrastraba las eses al hablar, y su respiración entrecortada parecía el indicio de que adolecía de alguna enfermedad:

-Me envía el Señor Ossssscuro... Quiere que vengáisssss conmigo.

Merneith buscó una respuesta a aquella invitación en la ciudad que tenía a sus espaldas, tratando de horadar el redil y las paredes hasta llegar a Ezarcas e indagar en si Carthedal podría mantenerlo con vida hasta su regreso. Aquel ser, o Sauron a través de él, volvió a salirle al paso:

-No os preocupésssss, señora. Sobrevivirá si vaisssss a verlo ya.

De este modo, el caballo y el huargo que montaba aquella hedionda criatura atravesaron el desierto, más cerca del vuelo que del galope, y se adentraron en las montañas negras y los cielos llameantes; en la torre sombría y en la montaña ardiente.

Sauron ya no era aquel ser de inconmensurable belleza que Merneith había visto muchos años atrás. No había rastro de sus cabellos de azabache ni de sus penetrantes ojos grises. Sus andares tampoco se correspondían con los de una divinidad grácil y casi etérea, de las últimas que quedaban fuera de Aman. Si tenía cuerpo o no, Merneith no podía saberlo, pues de Sauron solo se veía una armadura negra de aspecto aterrador que lo cubría por completo. A través de los pequeños orificios que tenía su casco, como dos pozos que conducen a las entrañas de la tierra, ni el Elfo con la vista más aguda podría vislumbrar el brillo de unos ojos, de tal manera que aquella armadura, más que proteger la carne, era la urna de una sombra.

-Has venido a mí, Merneith. -Sauron no disimuló su sorpresa. -Debes amarlo mucho para haberte adentrado en el reino de la ceniza y el grito.

-¿Puedes salvarlo? -Merneith no quería tratar con Sauron ningún otro asunto que no tuviera que ver con el que la había arrastrado hasta allí.

Aquella armadura se detuvo ante una mesa y agarró una tosca copa de metal y vertió en ella lo que parecía vino, pero de un rojo mucho más intenso. Se la ofreció a la bella dama.

-Bébelo. Es de las bodegas de Angband, toda una reliquia incluso para los de tu pueblo, si creyeran que las reliquias no tienen por qué ser de hermosa hechura y de metales preciosos. - Merneith ignoró el ofrecimiento. Sauron mantuvo la copa a la altura del rostro de la Elfa e insistió: -Has hecho un largo camino, y debes refrescarte. Nunca te haría daño.

La sed la estaba consumiendo por dentro, y en sus labios solo conservaba el regusto amargo del azufre. El mejor discípulo de Morgoth se reservó el odio en lo más profundo de sus tinieblas y contuvo su rabia. Dejó la copa, tal y como la había tomado, sobre uno de los reposabrazos de su trono, y sostuvo la mirada a Merneith en completo silencio, pues no parecía ni siquiera que lo que quedaba de Sauron necesitara respirar. De vez en cuando, algún aullido de lobo y el estruendo de un regimiento de Orcos marchando y gritando penetraba hasta aquella sala de la torre.

-¿Puedes salvarlo? -repitió finalmente Merneith, angustiada por el mirar hueco de Sauron y la premura con la que transcurría el tiempo. «He llegado hasta aquí, pero debo regresar pronto, y solo puedo hacerlo con la solución para luchar contra la muerte».

La armadura recorrió pesadamente la estancia, cuya presencia constataban las baldosas negras crujiendo bajo sus pies y el vino agitándose a cada paso suyo. Salió al balcón y apoyó su mano izquierda en la barandilla de piedra, mientras que movía la derecha en el aire, lentamente,

hasta abarcar todo el horizonte. Era un movimiento que quería ser suave y tranquilizador pero que, ejecutado por aquella mole oscura de hierro, estremeció a la Elfa, cuya belleza empezaba a marchitarse, producto de la magia que impregnaba toda aquella región del mundo. Sauron habló, y lo hizo alzando mucho la voz, prácticamente con un chillido, pues Merneith permanecía aún en el centro de la sala del trono, inmóvil.

-Desde las orillas de un mar a las del otro, y desde los páramos de hielo a los desiertos de arena, todas las criaturas tienen un destino sentenciado desde el instante en el que aparecieron en el mundo. Yo estaba allí cuando, muy sutilmente durante la Canción, Ilúvatar ungió a los Hombres con la mortalidad, y tú...

Merneith había ido reuniendo fuerzas para imponerse a la brujería de Sauron y, cuando se creyó preparada, gritó tan alto que todas las huestes que poblaban Mordor la oyeron:

-¿Me has arrastrado hasta aquí solo para humillarme? ¡Hechicero de los engaños! ¡Te vanaglorias de tu poder, pero no serás poderoso mientras no logres combatir la muerte, deseo de Eru y que nadie hasta ahora ha logrado contradecir!

A pesar de que Morgoth hubiera respondido a aquellas palabras con llamas y lanzas, Sauron era muy distinto a él, y gozaba con cada uno de los reproches de Merneith. La dejó hablar, y ella lo maldijo a él, y a los Valar, y al mismísimo Eru Ilúvatar. Algo que no pasó desapercibido ni siquiera en los hermosos salones y en los plácidos jardines de Valinor, donde dioses y Elfos escucharon las maldiciones. Y se dice que Nienna lloró amargamente, como no lo había hecho desde la muerte de los dos Árboles.

Cuando ya no quedaba más odio en su interior, Sauron le hizo entrega de un humilde anillo de plateado, prometiéndole que, poniéndoselo en el dedo, Ezarcas no solo escaparía de la muerte, sino que recobraría las fuerzas que había ido perdiendo con el paso de los años.

-Venceré a la muerte en tu querido rey, y reconocerás mi poder por encima del de Eru, porque tornaré inmortal lo que Él quiso que fuera perecedero.

NOVENO

-¿A QUÉ PRECIO?-

Merneith no necesitó que ningún Orco la acompañara hasta el punto en el que, según creían los de su pueblo, había desaparecido, pues la guiaba algo mucho más poderoso, y el tiempo

apremiaba. Desde que cruzara la Ephel Dúath, creyó distinguir al sur, en el extremo de aquel mundo infinito y desolado, el destello jade del Pináculo de la Bienaventuranza.

Desmontó del exhausto rocín allá donde arrancaban las escaleras para subir a la torre donde, esperaba, encontraría a Ezarcas. Irrumpió en la estancia y Carthedal, que dormitaba junto a la cama en la que el anciano estaba postrado, por poco no cayó de bruces al suelo. Sin saber qué estaba sucediendo, balbuceó unas palabras que Merneith no tuvo tiempo de interpretar. Extrajo el anillo del bolsillo: sentía su peso encerrado en su puño, ligero como un suspiro. Le echó un último vistazo antes de desprenderse de él: incrustadas en la plata se podían apreciar delgadísimas vetas de una piedra negra, que parecían trazar una especie de palabras en un alfabeto que Merneith desconocía. «Obsidiana», pensó ella. «Con su propia sangre ha sellado la suerte del anillo, y de su portador». Sospechó de las verdaderas intenciones de Sauron, pero no había tiempo que perder: Ezarcas agonizaba. Apenas se percibía el aire saliendo de su boca, y el viejo rey ya no oía, ya no veía, ya no se movía. Le puso el anillo en el dedo anular de su dedo izquierdo y esperó que algún tipo de embrujo hiciera efecto en Ezarcas, que el cielo se ennegreciera y los rayos lo hendieran como blancas espadas, y la tierra se sacudiera y se espulgara los Pies de Piedra que poblaban sus montañas. Pero no sucedió nada: Ezarcas continuó durmiendo, y el cielo y la tierra permanecieron inalterados.

No obstante, su vida no terminó aquel día. Abrió los ojos, pronunció palabras, se puso en pie, vivió. Su mejoría sorprendió a Carthedal, que no pudo explicarla si no era con la intervención de los Valar. «De alguien tan poderoso o más que ellos», pensó Merneith. Sauron había cumplido con su palabra, y ella no lo iba a olvidar.

En cuanto se sintió con fuerzas, Ezarcas salió de palacio, y lo primero que hizo fue mirar hacia el Pináculo de la Bienaventuranza.

-Esconded la torre dentro de una pirámide. Que sea la escalera para alcanzar la gema que la corona -Había en su mirada un fondo de sombras que no pasó desapercibido para Merneith.

Los Elfos no tardaron en iniciar los trabajos de construcción, y a medida que estos fueron avanzando, la salud de Ezarcas fue tornándose más fuerte. Las canas le desaparecieron del cabello, así como las arrugas de la piel. Quien lo hubiera visto habría dudado de su edad. Merneith, sin embargo, dudaba de que él fuera el mismo hombre del que se había enamorado. Dormían juntos, pero ella lo sentía a mucha distancia. No le quedaban palabra de amor, sino deseos de más poder. Enseñó a aquel pueblo qué eran la lanza y el arco, y le enseñó a utilizarlos. Vistió de hierro a los caballos, como vistieran antaño los corceles de guerra de Númenor, y los domó para formar y no temer el rugido de la batalla.

Merneith observaba la forja de las armas y se estremecía. «Nurwë no quiso que conociéramos la sangre derramada por el acero, ni que hiciéramos enemigos y vertiéramos sus entrañas sobre la tierra». Cuando creyó que había llegado el momento, Ezarcas cabalgó junto a los Elfos de la Encrucijada, dejando tras el redil a las mujeres y a los niños. Masacró a los Pies de Piedra, muchos de los cuales se dispersaron por el desierto.

-¿Por qué? -le preguntó Merneith a su regreso. Tenía el yelmo manchado de rojo y negro.

-Eran una amenaza.

Merneith no fue la única que percibió el oscurecimiento del alma de Ezarcas. Carthedal fue el primero en aconsejar al rey que desistiera de dar caza a los Enanos, pues la voluntad de Nurwë había sido la de conservar la paz a toda costa. Hizo oídos sordos al sabio Elfo y organizó una nueva expedición, para la que descendió hasta la playa y empezó a construir una flota. Su enemigo era ya uno diferente: el señor númenóreano de una colonia más al norte.

-No hay necesidad de atacar. -Merneith trató de que entrara en razón. -Jamás nos han amenazado. ¡Son gente de tu propio pueblo!

Ezarcas bajó la mirada, bebió un sorbo de vino y sonrió.

-Yo no tengo pueblo.

Merneith dedujo que la maldición que había recaído sobre su amante esposo tenía algún tipo de relación con aquel anillo de plata que le entregara Sauron, pero no encontró la ocasión para arrebatárselo. Mientras dormía lo agarraba muy fuerte entre los dedos de la otra mano, y de día no se lo quitaba en ningún momento. Cuando le sugirió que se lo quitara, Ezarcas la llegó a abofetear y a sugerirle que se entretuviera con las flores del jardín, pero no con él, que tenía asuntos muy importantes que abordar. «Tus rosas ya están marchitas, y si las toco se desharán entre mis dedos».

El delirio del rey espantó a muchos de los Elfos, a quienes les exigía una destreza en la construcción de barcos inalcanzable para un pueblo que nunca había subido a ninguno. Los errores se castigaban con azotes, y cuando el primer navío, la carabela *Dominio*, se hundió sin ni siquiera haber abandonado la bahía, los huesos de los carpinteros conocieron el beso del látigo. Aprovechando la complicidad de la noche, Carthedal reunió a la mayor parte de sus gentes y abandonó la Encrucijada. Cabalgaba a su diestra Merneith, desolada por la tristeza. Lo último que hizo antes de cruzar las puertas de la ciudad fue intentar visitar la tumba de Nurwë, pero la pirámide, escalera a la locura de su otrora amado rey y jamás finalizada, se encontraba completamente sellada.

-Por lo menos, tenemos lanzas y arcos para defendernos. -Carthedal intentó ver el lado positivo.

-¿A dónde iremos? -preguntó uno de los jinetes, en la cima de cuya lanza ondeaba el pendón real.

-Seremos lo que fuimos antes de levantarse el redil: fantasmas vagando por el mundo
-respondió Merneith.

Su espíritu estaba marchitándose entre aquellos muros, y ansiaba por encima de todo el horizonte. «Ezarcas, no te levantaste de la cama aquel día. Desde que te puse el anillo, tu verdadero cadáver quedó tendido entre las sábanas, y yo estuve ciega y no quise verlo».

DÉCIMO

-EL ECLIPSE DE LOS AULLIDOS-

Las primeras luces del sol revelaban con su incipiente reflejo la superficie plateada de una vajilla completa y las columnas de humo sobre las velas, aún calientes. La mesa se encontraba dispuesta al aire libre y, alrededor de ella, todavía permanecían en pie, aunque desordenadas, cinco sillas de madera. El cielo, de un azul somnoliento plagado de nubes rosadas, anunciaba una hermosa mañana primaveral, fresca y ventosa. Por otra parte, el rocío cubría las copas, y el vino derramado en un plato semejaba un charco de brea en el que hundir la cuchara. En su bandeja, el pan de lembas hacía ya tiempo que se había reblandecido.

Sobre la hierba verde y húmeda de aquel paraje, podría haberse visto a una niña dormida; y a su hermano mayor, soñando con melodías que tocar con el arpa que se había escurrido de entre sus manos a lo largo de la noche; y a sus padres, y a sus tíos, y a toda su familia, rendidos al descanso tras un banquete. Pero la niña no dormía, ni su hermano mayor, ni toda su familia. Ninguno iba ya a despertar de nuevo, salvo en las Estancias de Mandos.

«Estos vivieron en la Encrucijada. La vieron no hace mucho. No puedo cometer otro error».

No se oía nada más que los cascos de un caballo solitario golpeando la roca, alejándose al galope. El jinete, embozado en una túnica de sombras, ni siquiera dedicó un segundo a limpiar la sangre que empapaba su negra espada, desde el mango hasta la punta. Una voz en su cabeza, la de su señor, le sacudía las entrañas con la ira de quien no ha logrado satisfacer una imperiosa necesidad.

-Los licántropos marchan delante de ti. O ellos o tú daréis en algún momento con ella.

El jinete continuó su camino. Sauron lo había dicho claramente: o los licántropos o él la encontrarían. «Sauron premiará a unos y castigará a otros: solo quien se la lleve hasta Mordor gozará de su simpatía».

Algunas leguas más al sur, Merneith y sus seis últimas espadas cabalgaban sin echar la vista atrás. La oscuridad los amparaba, pues no había luna que pudiera reflejarse en el acero de sus yelmos ni estrellas que iluminaran las crines de sus negras monturas. Cabalgaban sobre la arena, que amortiguaba el tamboreo de sus cascos, y pasaban por el desierto como la brisa imperceptible de la primavera y el rocío sobre las hojas otoñales.

En derredor solo había sombras, que se erigían sobre el llano: unas raquíticas y enfermas, de árboles calcinados por la ira de Sauron; otras, menudas, se alzaban poco más de un metro del suelo y refunfuñaban cuando los caballos pasaban a su lado. «Pies de Piedra», dedujo Merneith. «Incluso de noche aprovecharán para saquear lo que queda de la Encrucijada». Los siete jinetes no sabían en qué dirección estaban yendo. Podrían estar dirigiéndose hacia las cavernas de los enanos, o hacia la playa y el mar infinito, o estar regresando hacia la boca del lobo. En la distancia, oyeron amenazadores aullidos alejándose, mientras otros se iban aproximando peligrosamente.

El desconcierto en los caballeros fue creciendo a medida que sentían sobre sus cabezas una auténtica embestida de Poderes: la hechicería de Sauron los buscaba, pero Varda, desde su trono en Taniquetil, le hacía frente, y el cielo crujía como dos olas chocando desde direcciones opuestas. De la pugna entre los Poderes empezaron a nacer relámpagos, que caían sobre el desierto.

«¿Tanto tiempo hace que la abandonamos? ¿O acaso Sauron la ocultó tras un hechizo para que jamás la volviera a encontrar?». En estos y otros pensamientos estaba sumergida Merneith cuando un rayo desgarró el cielo, y con su impacto inundó el aire de una misteriosa luz verde. Allí, a la izquierda, se alzaba imponente la pirámide, coronada por una gema aún brillante. Así como los jinetes pudieron ver hacia dónde debían guiar a los caballos, los licántropos, aun aquellos que se encontraban en los márgenes del desierto, emprendieron la carrera hacia ellos, visibles como un buitre sobre la arena.

Los guardianes de Merneith aminoraron el paso y le hablaron de esta manera:

-Mi señora, continuad hacia la ciudad y no volváis la mirada, suceda lo que suceda.

-Si caemos, quieran los Valar que nos veamos ante Mandos en el Reino Bendecido que jamás hollaron nuestros pies -rezó otro de los caballeros.

Los seis jinetes dieron la vuelta a sus monturas, pusieron las lanzas en ristre y galoparon hacia las sombras, en las que los licántropos se movían con la agilidad de una araña sobre su tela. Merneith maldijo el sacrificio de los últimos de su pueblo, así que les quiso dedicar unas palabras,

pero todas ellas fueron sepultadas por el estallido de docenas de truenos, tras los cuales ya no hubo gritos, ni manos asidas a lanzas, ni más vida en el desierto que la que portaba Merneith con ella. Estaba ella sola. Sola, acompañada por una bandada de aullidos famélicos de sangre.

Llegados a este punto de la historia, la *Balada de las dunas* dedica varias tiradas de versos al episodio llamado «El eclipse de los aullidos». Conocedor de las circunstancias en que se había producido el desenlace de la vida del fiel perro Huan, el vala Oromë había jurado ante los demás Poderes exterminar a los licántropos, la malévola creación de Sauron, de la faz de la tierra. Aunque Mandos le advirtió de que la muerte del valiente can formaba parte de la maldición de los Noldor y los Silmarils, cuando Oromë escuchó a toda la raza de los licántropos aullando y mancillando con su presencia las arenas del desierto, ensilló a Nahar y, tomando con firmeza entre sus dedos su arco y colgándose al hombro el carcaj de flechas y el estruendoso Valaróma, galopó tras ellos desde Valinor. Cuentan que él mismo semejaba un dardo de pura luz atravesando las tinieblas de la noche y del embrujo de Sauron.

Las saetas trazaban, firmes, un vuelo desde el arco de Oromë hasta las bestias, cuyos gemidos eran ensordecidos por el cuerno del Vala. Ya no corrían dando caza a Merneith, sino huyendo del cazador de Valinor. Uno a uno, todos los licántropos, víctimas de la venganza de Huan, sucumbieron a las flechas. Tras cada disparo, un grito estremecedor y un aullido menos poblando el aire. A los pies del redil, la última de las criaturas malignas cayó al suelo: el hocico sumergido en la arena gris y una flecha de plata reluciente en el costado.

-Ya estás vengado, fiel Huan-proclamó Oromë, guardándose el arco y haciendo sonar el Valaróma para dar por finalizada la cacería. -Nunca un licántropo volverá a arrebatar una vida a este mundo.

Como el ave que emprende el vuelo, Nahar ascendió por encima de la Encrucijada. Transformado en estrella, viajó hacia el Oeste hasta perderse en el horizonte.

A todo esto, Merneith quedó deslumbrada por el destello de la estrella y creyó que todo había terminado. No obstante, el relincho de un caballo a sus espaldas le confirmó sus peores temores: el jinete negro aún seguía tras sus pasos. Palpó desesperada los muros en busca de la puerta a través de la cual acceder a la ciudad. La inacabada pirámide la observaba con su brillante ojo verde por encima del redil, y Varda giró con sus dedos el firmamento para que la luna se zafara de las nubes tóxicas que cubrían el cielo y quedara situada de tal manera que, proyectando su luz a través de la esmeralda, le iluminara el punto exacto en el cual Merneith encontraría la entrada.

UNDÉCIMO

-LA DEBACLE DE LA REINA ETERNA-

-No hay modo de escapar del destino -Reconoció aquella voz. ¿La estaba escuchando o era un recuerdo? -Ya se cumplió mi destino. Ahora debe cumplirse el tuyo.

Merneith se abrió paso a través de las ruinas de la Encrucijada, de la cual había sido la reina, la Reina Eterna. Parecía que mil guerras habían pasado sobre ella, pues los materiales de que estaban hechos sus edificios no se semejaban en absoluto a los que utilizaron los fundadores de las grandes ciudades élficas de la Tierra Media. Los Pies de Piedra seguramente también habían tenido mucho que ver, cobrándose la venganza por la masacre que había cometido Ezarcas contra su poblado. Los últimos habitantes de la ciudad no habrían tenido nada que hacer contra ellos, todo hierro y hachas. La biblioteca de Carthedal, de cuyo desenlace, si lo hubo, no dice nada la *Balada de las dunas*, había ardido tiempo atrás y solo quedaban de ella gruesas vigas abrasadas. El palacio se había desprendido de tierra y había ido a parar a las corrientes del río, que había crecido y engullido las calles colindantes.

Solo la pirámide permanecía intacta, y no porque no la hubieran intentado expoliar: junto a la entrada, un auténtico bostezo famélico de la roca, se apilaban docenas de cuerpos de ladrones, barbudos despojos momificados y esqueletos devorados por los buitres. Merneith no los compadecía. «Que se pudran todos los que intentaron profanar su tumba».

No tuvo miedo de cruzar la tumba, sobre la que parecía cernirse una mortífera maldición. Avanzó corriendo por una galería descendente, bajando por escaleras que torcían a izquierda y a derecha, y deslizándose por pasadizos gélidos y cubiertos de musgo cobrizo. Detrás de ella, el jinete encapuchado había roto el embrujo de la puerta pronunciando unas palabras en una lengua aún más maldita y continuaba la persecución.

-¿Qué esperas encontrar allí abajo? -Aquella voz, aquella dichosa voz.

El laberinto de pasillos fue estrechándose, hasta el punto de que Merneith debía agacharse y reptar en determinados tramos para poder continuar descendiendo. «Esto lo obligará a bajarse de su caballo». En las paredes que la rodeaban se desplegaban mosaicos verdeazulados y dorados, de formas sencillas y misteriosas.

-Cuanto más te adentres en la tierra, más te adentrarás en las mentiras que han construido a tu alrededor. -La voz retumbaba en su cabeza como si estuviera en boca de cada piedra que conformaban los corredores. A medida que iba teniendo más dificultades para respirar supo que estaba aproximándose a la tumba de Nurwë.

Y allí estaba, tras tres puertas de roca cubiertas de relieves que narraban el viaje desde el lago de Helcar, formado por teselas de lapislázuli, hasta la muerte del rey elfo y la aparición del redil y de la gema sobre el Pináculo de la Bienaventuranza. «No me había parado a mirarlas hasta ahora, y no podré volver a verlas jamás». El ataúd era un cubículo de roca rosada pulida, atravesada por los fragmentos de obsidiana que sangrara en un pasado Sauron, y que los Elfos tenían como la constatación de que el mal siempre pierde, incluso cuando logra su objetivo. En la humildad del sarcófago residía todo el amor del pueblo de la Encrucijada, pues era este, y no las joyas, cuanto rodeaba su lecho. Ningún Rey Supremo de los Noldor había gozado de una tumba como la del señor de los Elfos renuentes.

-¡Pero es mía! -Aquella voz gritó tras Merneith, frente a las puertas de piedra.

-Es mía desde el inicio de los tiempos -le contestó otra, más profunda y cargada de odio. -
Márchate, o mi cólera se cebará con cuanto queda de ti.

Unos pasos se alejaron por los corredores de la pirámide, mientras que otros, pesados, metálicos, se adentraban en la cámara de Nurwë. Merneith ya no tenía escapatoria, pero de nada le serviría tenerla, pues Sauron siempre encontraría la forma de dar con ella.

-Al final, junto a la tumba del primero que osó oponerse a mí, será donde te arrodilles y te pliegues a mi voluntad.

-¿El jinete era...?

-Uno de los nueve que me sirven más fielmente. Uno que tú conociste al borde de la muerte. Mi poder obró sobre él, y ahora será eterno, como tú, Merneith, Reina Eterna.

Aquella mole de hierro se plantó delante de la tumba de Nurwë y la golpeó con el puño hasta agrietar el sarcófago. -Hay algo que desconoces, y que necesitas saber antes de que todo esto termine. Y Nurwë no podrá impedírmelo esta vez.

Sauron empezó a hablarle de una canción en la que habían trabado sus voces, tras los Valar y en presencia de Ilúvatar. Una canción que, según le explicó, inundó los mares y levantó montañas, creó la vida y colocó la tierra bajo ellos y a ellos bajo el cielo.

-Yo canté con Aulë, pero tú desde el principio seguías a otro, al que después seguí yo, hasta que todo Valinor quedó vacía y las huestes de los Valar lo tomaron prisionero y derrumbaron Angband. Tú ayudaste a levantar Ered Wethrin, y yo canté para que el Sirion fluyera a su lado, pues había que domar la cordillera y evitar que colisionara con las Echoriath. Entonces, erigiste Tol-in-Gaurhoth, quizá sabiendo que yo la habitaría un tiempo.

Merneith escuchaba aquellos nombres y tenía la vaga sensación de conocerlos, de sentir placer erigiendo montañas inhóspitas para volver intransitables los caminos; secando los caudales

que teñían de verde sus orillas; haciendo enfermar los bosques hasta que entre sus ramas solo volaran aves deformes y malévolas.

-Te lo anunció una luz hace muchas edades, antes de que el sol se alzara sobre el horizonte. Recuerda, recuerda quién eras, y entiende por qué el odio y el amor que siento por ti me están matando. Si aún no me crees, permíteme que te lo muestre.

Y Sauron volvió a poner la mano sobre el sarcófago de Nurwë y pronunció unas oscuras palabras, tras las cuales un hilo de sombras le subió hasta los dedos y, desde ellos, se proyectó por toda la cámara y engulló a Merneith. Súbitamente abrió los ojos en un prado verde inundado de una luz impensable para los Hombres y que solo entonces recordó. Se vio a ella junto a otras divinidades, la mayoría hermosas y cálidas, rodeadas de flores a las que aún estaban bautizando así como iban emergiendo de la tierra. Pero también se contempló en los abismos del mundo, en la tierra del hielo y de la noche, escuchando la voz del ser más malévolo de la creación: Melkor. La voz de una madre, de su madre, de la única de los suyos que logró crear vida, le hablaba, le reprendía, le amenazaba con acabar con todo antes de que el mal se hiciera más fuerte en ella. «Porque tu destino no es obedecer al mal. No puede serlo. Antes dejaré que todas las luces del cielo caigan sobre el mundo». Aquella madre que la había sometido, que había sacrificado sus fuerzas para mantenerla a salvo de sí misma... Las visiones concluyeron en la superficie plateada de un lago, sin sol ni luna que se reflejasen en ella.

-Esto es cuanto debes saber -Sauron cerró el puño y las sombras se esfumaron. -Tu destino es, y ha sido siempre, el mal. Hablaste largo y tendido con Melkor cuando este era el Señor Oscuro, y juraste unirse a su causa. Por ello te anularon los Valar, incluida tu madre. Ahora, mi amo está encadenado en el Vacío, pero hay otro Señor Oscuro, y es hora de que cumplas con tu juramento.

Sauron se aproximó a Merneith y le tendió un brazo recubierto de placas de hierro negro para ayudarla a alzarse. Ella se lo tomó con la mano derecha, mientras que la izquierda se apoyaba en el sarcófago resquebrajado de Nurwë. No podía creer la decisión que acababa de tomar. En su cabeza volvió a escuchar al único y primer rey de los Elfos Avari: «No hay mal en ti». Cuando se hubo incorporado, Merneith habló del siguiente modo:

-Si este ha de ser el destino de aquella a la que llamaron la Reina Eterna, que nadie lo vea nunca cumplirse. El Señor Oscuro podrá gobernar el mundo, pero lo hará solo, y en esta soledad no hallará el más mínimo atisbo de deleite.

Sauron vio las antorchas danzando en la obsidiana que empuñaba Merneith en la mano izquierda. Fue incapaz de reaccionar a tiempo, porque cuando intentó detenerla, aquella rudimentaria daga ya había cumplido su cometido y había bañado de sangre el cuello y el torso de

la dama, que se resbaló de los brazos metálicos del Señor Oscuro para desplomarse sobre el sarcófago de Nurwë. Su sangre y el cuerpo del rey Elfo se unieron a través de las grietas, y Merneith murió, repitiéndose:

-No hay mal en mí.

EPÍLOGO

-A ORILLAS DE HELCAR, AL DESPERTAR-

Bajo el firmamento de una cálida noche de verano, a orillas del lago al que en una lengua aún rudimentaria llamaban Helcar, los diferentes pueblos de los Elfos convivían como uno solo. En las conversaciones que podían mantener entre ellos, que desconocían todavía conceptos como añoranza, amor o pasado, unos y otros se sentían hermanados. Compartían unas mismas preocupaciones y unos mismos intereses, y vestían todos de seda blanca y su único estandarte también era blanco. Sus hogares se encontraban todavía en un gran campamento que se extendía varias leguas a lo largo de la orilla: Cuiviénen fue como lo bautizaron, y se dispusieron a morar entre sus árboles oscuros y fuertes y el hielo azul de las montañas.

Los Poderes les ofrecieron la Primavera de Valinor, y para convencerlos de ello, el Vala Ulmo nombró a cuatro Elfos de entre los más amados, diestros y sabios para que visitaran su futuro hogar en representación de todo el pueblo de Cuiviénen. Debían ser testigos de la magnificencia de Valinor y animar a sus compañeros a emprender el viaje. Los nombres de los cuatro embajadores fueron: Ingwë, Finwë, Elwë y Nurwë. Los tres primeros siguieron a Ulmo, pero Nurwë habló alto y, en el silencio de la Tierra Media, sus palabras llegaron nítidas a Taniquetil, a oídos de Manwë y Varda.

-Valar, pues así os hacéis llamar, ¿qué más podéis ofrecer a quienes ya gozan de la vida donde Eru quiso que despertáramos. Si el lugar al que nos queréis conducir fuera mejor que este, ¿no habría querido Eru que nacióramos allí?

El brío y la determinación de aquel Elfo de cabellos de fuego calaron en una parte del campamento: en aquellos corazones que detestaban el sueño, porque les impedía seguir contemplando la belleza y los milagros de aquella parte de Arda. No encontró Nurwë

contestación entre los de su pueblo, pero sí escuchó la respuesta de Varda, que acudió hasta Helcar en forma de llama blanca.

-¿No vendrás a ver las estancias que los Valar hemos preparado para vosotros, iluminadas por la luz de los Árboles?

-No, señora mía. -Si ante Ulmo se había mostrado desafiante, Nurwë hablaba ahora con gran respeto con la llama blanca, suspendida sobre las aguas. -Hay mucho amor en el corazón de mi pueblo hacia esta tierra, y somos muchos los que no ambicionamos placeres divinos.

-¿No queréis sentir el calor de la luz sobre la piel? -inquirió la llama. -¿Menospreciáis las costas del lejano Occidente?

-Si me preguntáis por mi parecer, señora, os responderé, pero si la pregunta la dirigís a todo mi pueblo, no me corresponde a mí contestarla en su nombre, pues todos somos aquí iguales y cada uno decide según quiso Eru que sintiera en su corazón.

-Ahora entiendo que Ulmo, cuando te ha nombrado su rey, lo ha hecho conociendo el amor que te tienen, y no dudes de que no aceptarán otro monarca. Eru es justo y, por esta vez, acepta que se cumpla la voluntad de sus Hijos y no la suya, pues Él os quiere reunidos en la Primavera de Valinor.

La lengua de fuego se acercó a la superficie del lago hasta tocarla y generar una onda, que se detuvo trémula frente a la orilla.

-Sin embargo, para ti, el más leal a la verdad, te tenemos reservados los Poderes una gran tarea, por la cual no encontrarás recompensa en un futuro próximo, aunque tras presentarte en los Salones de Mandos alcanzarás una gloria que no obtendrá ninguno de los otros reyes de los Elfos.

Nurwë se estremeció, pues era todavía demasiado joven para asumir una responsabilidad tan elevada. Varda, vistiéndose de mujer resplandeciente, con los cabellos negros y poblados de estrellas y ojos dorados como soles, aún desconocía el desconsuelo de los recién nacidos, y habló a pesar de las lágrimas que corrían por las mejillas del rey Elfo.

-Te entrego a mi hija, que me es más querida que todo cuanto puebla el cielo y cuanto vive bajo él y cuanto habita en los mares en los que se refleja. -Se desprendió de su pecho una estrella fugaz, que descendió lentamente hasta tocar también el agua, y al hacerlo floreció con la apariencia de una joven tan hermosa como la Valië, de belleza indescriptible. Dormía serena a los pies de su madre. -En Aman la llamamos Merneith, pero no lo recordará cuando despierte.

-Mi señora, ¿cómo...? -Nurwë tenía tantas preguntas que le atestaban la boca y no terminaba de abrirse paso ninguna de ellas hasta más allá de los dientes.

-Nurwë, señor de los Avari, te entrego a Merneith del Hado Incognoscible, para que tú y tu pueblo la protejáis, porque yo he fracasado en esta misión.

-¿A qué misión os referís, mi señora? Si vos fracasasteis, ¿cómo venceremos nosotros?

Varda se rumió su respuesta un instante.

-Poco es lo que puedo decirte. Mi hija, mi única hija, es buena, pero ha conocido el mal, y es un mal al que, llegado el momento, deberé dar muerte. Junto a tu pueblo, al que educarás sabiamente, se formará en el bien y, cuando sea la hora, combatirá junto a mí al terror y a la devastación. Todo lo demás será revelado cuando deba serlo y a quien deba serlo.

Nurwë tomó en brazos a Merneith. La luz desapareció, y la bella dama estaba sumergida hasta el pecho en aquellas dóciles aguas. La miró, miró las estrellas y supo que era buena y que daría la vida por ella si fuera necesario.